

## EL CARA DE HOMBRE

José Miguel Varas

*¡Hacia las islas!, dijimos. Eran días de confianza  
y estábamos sostenidos por árboles ilustres:  
nada nos parecía lejano, todo podía enredarse  
de un momento a otro en la luz que producíamos.  
Llegamos con zapatos de cuero grueso: llovía  
llovía en las islas, así se mantenía el territorio  
como una mano verde, como un guante  
cuyos dedos flotaban*

*entre las algas rojas.*

*Llenamos de tabaco el archipiélago, fumábamos  
hasta tarde en el Hotel Nilsson, y disparábamos  
ostras frescas hacia todos los puntos cardinales.  
La ciudad tenía una fábrica religiosa  
de cuyas puertas grandes, en la tarde inanimada,  
salía como un largo coleóptero un desfile  
negro, de sotanillas bajo la triste lluvia:  
acudíamos a todos los borgoñas, llenábamos  
el papel con los signos de un dolor jeroglífico.  
Yo me evadí de pronto: por muchos años, distante,  
en otros climas que acaudalaron mis pasiones  
recordé las barcas bajo la lluvia, contigo,  
que allí te quedabas para que tus grandes cejas  
echaran sus raíces mojadas en las islas.*

(Pablo Neruda, Rubén Azócar, *Canto General*)

“Rubén Azócar fue el gran verdadero amigo de Pablo”. La autora de esta afirmación tajante, como tal seductora para quien anda en busca de las claves de un personaje de la vida real —ofensiva seguramente para otros que aspiran a ese título o a alguno similar— es Lola Falcón, la viuda de Luis Enrique Délano y la mamá de Poli.

Se puede suponer que Azócar y Neruda se conocieron en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que ocupaba entonces un sólido edificio de ladrillos en la esquina de la Alameda con la avenida Ricardo Cumming. En la otra esquina del mismo lado estaba y está un templo que algunos llamaban de la Ingratitud Nacional, porque pasó decenios inconcluso. Rubén llegó de Concepción en 1919 y se matriculó simultáneamente en la Escuela de Leyes y en el Pedagógico. Pablo estudiaba en este último pedagogía en francés.

No existen testimonios sobre la asistencia a clases de uno u otro. Si los hay,

en cambio, en abundancia, sobre múltiples reuniones tumultuosas en la Federación de Estudiantes, de cuya directiva, presidida por Alfredo Demaría, Azócar fue elegido prosecretario. También nos han hablado numerosos testigos de las noches de trago y de bohemia en los bares del centro de Santiago, junto a Tomás Lago, Diego Muñoz, Antonio Roco del Campo, Orlando Oyarzún, Alberto Rojas Jiménez, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, el “Ratón Agudo”. Neruda aludió en sus *Memorias* y en otros escritos y hablados a la turbulencia, el hambre y la melancolía feroz de aquellos años. Eran los tiempos en que el poeta, flaco como un cuchillo, de luto riguroso, usaba chambergo y una capa gris, la capa de ferroviario de su padre, y hacía suyos todos los dolores del mundo.

Es natural que lo haya seducido la alegría de Rubén, hombre popular, de buen natural, cuadrado y chato como un tocón, con su rostro moreno, sus espesas mechas de clavo que nacían a corta distancia de una cejas hirsutas, “cejas de árbol”, adecuadas para asustar a los niños. Bajo esa apariencia un tanto feroz, pronto se descubrían una bondad y una ternura tan anchas e inagotables como su alegría, que chisporroteaba día y noche en infinitas ocurrencias, canciones, chascarros, retruécanos.

En una edición de la revista *Zig-Zag* de 1923 hemos encontrado un “Himno a la alegría” de Rubén, ingenuo y encantador, que refleja esta fuerte tendencia de su carácter. He aquí un fragmento:

*¡Alegría, alegría!*

*Una enredadera*

*que se enrosca al cuerpo como a un árbol;*

*un chorro de agua que rompe en mil luces*

*y una campanita que toca ligero.*

*¡Alegría, alegría!*

*Como un puñado de plumas*

*te desparramo en el viento.*

*Y se me asoma en los ojos*

*el corazón hecho pájaro.*

*¡Alegría, alegría!*

*Se me ha caído la pena*

*como una fruta madura.*

“Rubén Azócar, autor de la mejor novela sobre Chiloé, nos da todas las apariencias del común chilote: moreno bien definido, baja estatura, hablar un poco lento...”, escribió Juanuario Espinoza. Pero no nació en Chiloé, sino en Lota Alto; en aquel entonces –año 1901– parte de la provincia de Arauco.

Su padre, don Ambrosio Azócar, maestro primario, era director de una escuela en Lota. Una vida austera, de privaciones, por no decir de franca pobreza. Su madre estuvo, sin duda, más cerca de él, como lo revela su correspondencia y el famoso poema “La puerta” que le dedicó a su muerte. Rubén tuvo cuatro hermanos varones. Todos profesores.

En 1909, cuando tenía ocho años de edad, lo llevaron a Concepción para que estudiara en el Seminario. "Allí dedicó sus primeros versos a la Virgen; después a las mujeres y a las flores", escribió Januario Espinoza.

En Santiago lo pilló el año veinte. Entonces descubrió la "cuestión social", como se decía en esa época, la política, la literatura, la revolución, la bohemia. También las mujeres que, sin equivocarse, le mostraban a menudo predilección, pese a lo hirsuto de su rostro y a su corta estatura.

A diferencia de sus amigos, muchos de los cuales naufragaron tempranamente en el alcohol, la bohemia y la droga (que no es, como algunos creen, un invento reciente), estudiaba con tenacidad ejemplar. En 1922 —a los veintiún años de edad— dio el examen de grado para recibir el título de profesor de castellano y filosofía.

Escribía versos desde la adolescencia. En 1920 publicó *Salterio lírico*. En 1923, *La puerta*. En 1925, *El cristal de mi lágrima*. Más tarde se limitó a la prosa. En una entrevista publicada en *Las Últimas Noticias* le confesó años después al periodista Victoriano Reyes Covarrubias:

"No he abandonado la poesía, pero me ocurrió lo siguiente: el caudal poderoso de la poesía chilena que se hizo presente cuando era muchacho, me puso vacilante. Me pregunté: ¿qué estoy haciendo yo en poesía ante estos genios enormes? Y quemé 250 ejemplares de mi libro de poesías *El cristal de mi lágrima*".

"¿Los quemó?", le pregunta incrédulo el periodista. Y él responde: "Sí, ante testigos. Mi mujer, mis hijos, el crítico de arte Alberto Valdivia y Roco del Campo".

En 1923 viajó a México invitado a organizar bibliotecas populares por el legendario José Vasconcelos, entonces Ministro de Educación, quien poco antes se había llevado a Gabriela Mistral. Rubén hizo el viaje por barco, con muchas escalas. Como llevaba poco dinero, pretendía ganar algo dando conferencias por el camino. Se detuvo con variada fortuna en Lima, Quito, Cali, Panamá. Sufrió peripecias: en Coquimbo tuvo una disentería que casi acabó con el viaje y con él; en Lima le robaron su maleta y, después de disturbios callejeros en los que no participó (pero sí los estudiantes ante quienes había hablado días antes), la policía lo invitó gentilmente a seguir viaje; en Panamá lo nombraron profesor de un liceo, pero tuvo que salir a los tres meses: cayó en desgracia ante un Obispo por algunas observaciones calificadas de "ácratas" en una de sus clases. Se vio en apuros, pero lo socorrió el encargado de negocios de Chile, don Juan Antonio Ríos, quien sería Presidente veinte años más tarde. Don Juan Antonio le prestó veinte dólares, una suma considerable en aquellos tiempos. Luego, el gobierno panameño lo llamó y le entregó cientocincuenta dólares y un pasaje de primera clase en un barco, para que continuara su viaje. Se fue a La Habana y desde allí, a México.

Algunos de los detalles mencionados los debemos a una larga crónica que publicó en *La Nación* Januario Espinoza. Otros aparecen en una carta de catorce páginas en letra clara y menuda, que Rubén envió a su madre desde México, y que he podido conocer gracias a la gentileza de su hija Juanita Azócar. La

carta muestra, en el joven profesor, una actitud fresca, de apertura total al mundo y de absoluta confianza en el prójimo. Disfruta cada detalle, cada circunstancia, cada experiencia y no muestra apresuramiento en llegar a asumir sus funciones en el lugar de destino.

*Mi querida mamacita: ¡por fin!, hace ya dos semanas que vivo en México. Nunca había tenido mayor emoción como la que tuve al desembarcar en Manzanillo. La playa y el puerto y los cerros, iguales a los de Lota. Iguales; pero tan iguales, que hasta las chimeneas de la fundición estaban. Creí un momento que el barco me había llevado a ese pueblo (...).*

*De Manzanillo envié un telegrama a Vasconcelos. Dos horas después tenía orden de venirme a México —ciudad— en la forma que quisiera. Se me entregó un pase. Corrí toda la tarde por tren y a las seis llegué a Colima. No quise seguir en el nocturno; estaba cansado y bajé ahí. Hotel “Madrid”.*

*Al otro día a las ocho A.M., a Guadalajara, la segunda ciudad del país. Decidí quedarme. Conocía de nombre a un poeta que vivía en Guadalajara y me fui donde él. Es una gran ciudad; mucho tráfico, mucho comercio. Llegué de noche. Al otro día paseé con mis amigos. Gasté diez pesos. Y al amanecer del día siguiente, a México. Todo el día, toda la noche en tren.*

*A las diez de la mañana, el tren se detuvo: estaba en México. Desde Guadalajara había anunciado mi llegada. Me esperaban, pero yo no lo sabía. Claro, cómo lo iba a saber. Pero, por intuición, por adivinanza, me quedé ahí, a pesar de las súplicas de los cargadores, que ya me quitaban las maletas. Después de cinco minutos de espera, vi a unos señores que miraban y miraban... Me acerqué: me llamo Rubén Azócar, vengo a México... ¡Ah! ¡Ud. es! Del Río, secretario privado de Vasconcelos, a sus órdenes... Torres Bodet... Ah, Ud. es el poeta Torres Bodet, cuánto gusto. Andando, andando.*

*Así llegué a México, pero... ¿por qué seré tan chico? Aquí creían todos, porque ha de saber que en México los literatos e intelectuales me conocían desde hace tiempo, de nombre, que yo era, pues, un hombronazo.*

*Vasconcelos me entregó más dinero. He comprado ropa, desde pañuelos hasta sombrero... para poder presentarme a la gente. He almorzado varias veces con Vasconcelos; aún no he hecho ninguna clase, pero mi sueldo corre... Estoy descansando. Vasconcelos me quiere mucho; todos los días charlamos mucho: es un gran hombre.*

*¿Amigos? Para qué decirle... Fiestas, comidas; Gabriela Mistral me ha impuesto la obligación de almorzar con ella dos veces a la semana.*

*“Hoy domingo he discurseado en el congreso estudiantil; entregué los mensajes de saludo de los chilenos y en un momento nos iremos a un banquetito... a lo pobre (...).*

*He de hacer en México una labor intelectual interesante y aquí me formaré y echaré a correr mi nombre por el mundo. ¿Pretensión? No, madre, no es pretensión; me hacía falta salir; he aprendido tanto; sé que triunfaré y sólo espero que su vida y la de mi padre se alarguen para que sepan y vean lo que su hijo llegará a ser. Todo el talento que Uds. me dieron; todo lo artista que de Uds. (de Ud. en particular) tengo, lo he de plasmar en una obra efectiva que será el segundo peldaño para alcanzar mi triunfo. ¿Soy ambicioso? No; tengo sólo ideales y por ellos me sacrifico.*

*Pobre nació, pobre he vivido; pero me ha salvado el corazón y el talento y, aunque no anhelo ser rico, no dejo de pensar en crear una situación que nos haga vivir a todos*

*lo mejor que se pueda. Mi locura de andariego ha de rematar en algo grande: creo en mí mismo y eso me basta. No piense que soy fatuo. Es necesario decir estas cosas, y luchar por ser más, siempre.*

En México, Rubén hizo clases, escribió versos, profundizó con rigor en el estudio de la gramática, aprendió muchas cosas de la historia y de la vida política y social del continente, en especial de la Revolución Mexicana, y comenzó a mirar a Chile con otros ojos.

El viaje de regreso fue tanto o más accidentado que el de ida. Durante sus dos años en México, se había hecho muy amigo del líder del APRA del Perú, Víctor Raúl Haya de la Torre, también profesor, quien fue su compañero de pieza. Al partir, recibió de Haya ciertos encargos para Lima, donde ya estaba instalado en el poder el brutal dictador Augusto Leguía (cuyo nombre perpetúa en Santiago una calle del barrio El Golf).

Pero la policía, que seguramente seguía los pasos de los pocos apristas todavía sueltos, lo aprehendió a poco de desembarcar, en El Callao, y lo metió en una celda del Panóptico de Lima, sin que nadie lo supiera. Allí pasó veintiún días. Un fotógrafo peruano llamado López Aliaga, que había estado en Chile y lo conocía, lo descubrió casualmente en la prisión. Logró hacer algún escándalo en la prensa y sus amigos del APRA promovieron una huelga solidaria en la que participaron los choferes de taxis y los conductores de tranvías. La dictadura lo sacó una noche de la cárcel, con lo puesto, y lo metió en el vapor japonés *Seju-Marurumbo* a Chile. Volodia Teitelboim cuenta que los pasajeros, al saber lo sucedido, organizaron en su favor una productiva.

“Llegó a Santiago casi a medianoche” —sigo citando a Teitelboim—. “De la estación Mapocho se dirigió al bar Venecia, en Bandera con San Pablo. Buscaba a sus amigos. No los encontró. Se fue a El Jote. Siguió la pesquisa por los bares y restaurantes habituales. La expedición nocturna para celebrar el regreso se pintaba como enteramente fallida. Tristón, alicaído, ante una recepción de bienvenida tan poco acogedora, marchaba por Bandera. De súbito, en la esquina de Catedral, vio venir a Neruda, solo. Volvieron al Venecia. Fue una fiesta entre los dos amigos, reencontrados después de un par de años. Luego se fueron al Parque Forestal a descubrir tréboles de cuatro hojas. A las nueve de la mañana, muy frescos, se encaminaron al Pedagógico”.

El poeta Carlos Mondaca era entonces Vicerrector de la Universidad de Chile. Llamó a Rubén y le ofreció treinta horas de clases en el Liceo de Ancud. Después de algunas vacilaciones, porque el destino le parecía muy a trasmano, aceptó. Como había llegado corto de circulante, Mondaca le abrió una cuenta en la Casa Francesa, para que se vistiera decentemente y comprara una maleta. En eso gastó \$ 1.500, pagaderos en cuatro mensualidades.

Neruda estaba en aquellos días en pésima situación. Había decidido abandonar sus estudios para dedicarse en forma exclusiva a la poesía, cosa que a su padre, don José del Carmen Reyes, no le hizo ninguna gracia. Por lo tanto, le cortó la mesada. A Rubén le pareció lo más natural invitarlo a viajar con él a Ancud, donde podría mantenerlo con su sueldo. A Neruda también le pareció lo más natural. ¿Para qué, si no, son los amigos?

Viajaron juntos en tren hasta Concepción, donde Pablo pudo ver a su amada Albertina, hermana de Rubén. Los festejó de manera pantagruélica el poeta Joaquín Cifuentes Sepúlveda, uno de los compañeros de la bohemia santiaguina, quien vivía entonces en la capital penquista. Después, Neruda siguió a Temuco, donde tuvo una “aclorada” decisiva con su padre. Los gritos se escuchaban desde la calle. Don José del Carmen Reyes murió años más tarde sin haber llegado a comprender la absurda decisión de su hijo de dedicar su vida a la poesía.

Los dos amigos se encontraron en Ancud y comenzaron una vida de abundancia como no la habían conocido nunca. Neruda le evocó en su poema “Rubén Azócar”, que sirve de pórtico a esta crónica. Años más tarde, Rubén rememoró aquellos tiempos en un artículo publicado en la revista *Aurora*, que cita Eulogio Suárez en su libro *Neruda total*:

“Compartimos un departamento muy pasable en el Hotel Nilsson de Ancud. Pagábamos \$150 por los dos en una época de oro cuando un profesor secundario, gracias a la Ley Maza, ingresaba al servicio ganando \$1.500 mensuales, si mal no recuerdo<sup>1</sup>. Y me los pagaban en monedas de oro de \$100. Comíamos y fumábamos de lo mejor, e incluso nos dábamos el lujo de ayudar regularmente a nuestros amigos de Santiago enviándoles paquetes, encomiendas y hasta sacos de ostras que le comprábamos a un tipo muy pintoresco a quien llamábamos El Morruco, a \$8 el medio saco... Incluso despachábamos mensualmente un giro por \$80... En ese departamento del Hotel Nilsson, a comienzos de 1926, Pablo escribió su relato *El habitante y su esperanza*. Desde allí envió los originales a Santiago, a la Editorial Nascimento”.

La permanencia de Neruda en Chiloé duró hasta julio o agosto de 1926. Para despedir al poeta de veintidós años se juntaron cientocincuenta personas, incluidas las autoridades locales, en una gran comida en el famoso hotel ya mencionado. Neruda partió vistiendo el último grito de la moda: un pantalón *Oxford*, anchísimo en la parte inferior, que tuvo que diseñar él mismo porque el modelo, que hacía furor en Santiago y otras capitales, todavía era desconocido por los sastres insulares.

En aquella manifestación de despedida, cuenta Volodia Teitelboim, “un peluquero de apellido Ojeda, que también era el agente de la Lotería de Concepción, insistía majaderamente en que Rubén Azócar le comprara el último boleto disponible. Pablo, conociendo el carácter demasiado asequible de su amigo, lo presionaba con gestos para que no hiciera ese gasto inútil. Después de varias ofertas, el vendedor de la Lotería volvió a la carga por última vez. Cuando Rubén se disponía a llevar la mano al bolsillo para sacar el dinero, Pablo lo convenció que no derrochara así la plata. Entonces, dos de los contertulios que asistían a la despedida lo compraron a medias. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Pablo se embarcó en un barquito, el *Caulpolicán*, que lo llevó hasta tierra firme. A mediodía, a Rubén le llegó un tele-

<sup>1</sup> En verdad, el que pagaba era Azócar (J.M.V.).

grama desde Puerto Montt firmado por Neruda. Allí le comunicaba que el último boleto vendido al filo de la medianoche por Ojeda había obtenido el premio gordo de la lotería, una fortuna que, bien administrada, hubiera solucionado los problemas económicos del favorecido por toda la vida. La información estaba acompañada por el más virulento autoinsulto que el honorable Telégrafo podía reproducir”.

En Ancud, Rubén se enamoró apasionadamente de una colegiala, una alumna del liceo donde él hacía clases, natural de Chonchi. Tenía trece años de edad y se llamaba Lavinia Andrade. Era una belleza fina y de pequeña estatura. Sobresalían en su rostro unos ojos de brillo sorprendente, “ojos de estrellas”, diría más tarde Camilo Mori. El deslumbramiento se produjo durante una fiesta liceana, donde la niña vendía flores para financiar alguna actividad estudiantil. Allí la vio Rubén por vez primera. Fue su enamoramiento tan violento y obsesivo que el serio profesor de veintiséis años, respetado por su sabiduría y por sus cejas, por sus libros de poesía y porque había estado en México, ignoró las críticas, el sarcasmo y hasta el escándalo del medio social de Ancud, y sometió a Lavinia a un cortejo que fue más bien un acoso, con regalos de flores, chocolates y constantes invitaciones y declaraciones orales y escritas que la pequeña no sabía como enfrentar.

En septiembre de 1928, ella tomó el trencito de Ancud a Castro para ir a pasar con su familia, en Chonchi, las vacaciones de Fiestas Patrias. Inesperadamente, en el tren apareció Rubén, decidido a viajar con ella y a demostrarle a su familia que tenía “intenciones serias”. Llegando a Chonchi —un largo viaje a caballo desde Castro— el pretendiente se presentó ante don Pedro Vicente Andrade y doña Lavinia Álvarez, los padres de la bella, y les pidió su mano. Después fue todo rápido. Cuando se casaron, ella tenía quince años. Hay que decir que esto no era excepcional en aquellos tiempos.

—Yo fui muy feliz con Rubén— dice Lavinia, Lala para sus amigos. —Yo no sabía nada de nada. Salí del fondo del mar, como una **pincoya**, y llegué a un mundo maravilloso de escritores, músicos y pintores, gente extraordinaria, donde no regían las reglas habituales. Nuestra casa de la calle Las Viñas, hoy Álvarez Condarco, número 970, donde vivimos diez años, estaba abierta a los amigos a toda hora. Cuando nos instalamos, hubo una fiesta para bautizar la casa. Duró tres días. Por las tardes, después que Rubén terminaba sus clases, íbamos a conciertos, al teatro, a exposiciones; después pasábamos a algún bar; terminábamos generalmente en nuestra casa, comiendo y bebiendo hasta el amanecer. Desde Chiloé me mandaban jabas de gallinas, corderos enteros, cajones con huevos, sacos de papas y de mariscos. Los invitados recitaban, hacían teatro, yo cantaba. Otros exhibían otras gracias. El poeta Rosamel del Valle, por ejemplo, hipnotizaba a las gallinas. Alberto Rojas Jiménez y el pintor Paschin Bustamante me enseñaron a pintarme. Otros visitantes asiduos, casi diarios, eran el escritor Antonio Roco del Campo y el crítico de arte de *El Mercurio* Alberto Valdivia, a quien todos llamaban “El Cadáver”, porque era tan pálido que daba miedo.

En esos años, Pablo vivía en Irarrázaval cerca de Pedro de Valdivia y la

fiesta —esa fiesta permanente en que se vivía— a menudo comenzaba o continuaba en su casa. El grupo viajaba hacia allá en tranvía, en “carro” como decíamos, y a Lavinia la hacían llevar la guitarra para que se acompañara en el canto. Un día, a Rojas Jiménez se le ocurrió que cantara en el carro, durante el viaje. Naturalmente, lo hizo. Después Rojas Jiménez pasó el sombrero.

Hacia 1930 ó 1931 regresó de Francia con sus hijas —Irma, Regina y Lola Falcón— la señora Aurora May, señora chilena de origen francés. Su familia procedía de Grenoble. Ella había nacido en Traiguén.

Cuenta Lola Falcón: “Nuestra casa estaba en Vicuña Mackenna pasado Matta, una cuadra donde hoy existen solamente fábricas, barracas, bodegas diversas. Entre los amigos que comenzaron a frecuentar la casa estaban Tomás Lago, Isaías Cabezón, Diego Muñoz, Alberto Rojas Jiménez y, por cierto, Rubén Azócar. Al llegar el primer verano, mi mamá, que venía de pasar muchos años en Francia y que de Chile desconocía casi todo preguntó: ¿Y adónde se puede ir a veranear en este país? Rubén respondió instantáneamente: ¡En Chonchi! Y se lanzó a hablar de las maravillas de Chiloé. Mi madre le dijo: Esta bien, prepáranos la estadía allá. Nuestro grupo familiar estaba compuesto de mi mamá, las tres hermanas y un perrito pekinés, que en aquellos tiempos causaba asombro en Santiago. Rubén había sido nombrado profesor en Quillota, pero estaba esperando su primer sueldo y no se sabía cuando lo recibiría. Estaba empezando la gran crisis. Mi madre le propuso anticiparle el dinero para que él viajara antes a Chiloé y organizara en Chonchi, alojamiento y pensión para las veraneantes”.

Todos los amigos acudieron a despedirlo a la estación Alameda, donde Azócar debía tomar el tren hasta Puerto Montt. También llegó aquel día a la estación el joven escritor y periodista Luis Enrique Délano (en aquel tiempo trabajaba en *El Mercurio*), quien había decidido dedicar sus vacaciones a conocer Chiloé. Viajaron juntos. Délano pensaba llegar a Ancud, pero Rubén le dijo con vehemencia: —¡Cómo te vas a ir a Ancud! Te morirás de aburrimiento. ¡Adónde tienes que ir es a Chonchi!

“Así casualmente, gracias a Rubén, conocí a Luis Enrique, con quien me casé no mucho después”, dice Lola Falcón. Fuera de su veloz romance con Délano, ella no tiene muchos recuerdos de aquel veraneo, excepto que Rubén se presentaba a cada rato en la casa donde estaban doña Aurora May y sus hijas “a pedir disculpas porque llovía”.

“Cuando pololeábamos, ya en Santiago —continúa Lola— salíamos a veces en un auto marca De Soto del tipo llamado *Roadster*, de propiedad de Tomás Lago, el más rico del grupo, como que era empleado del Ministerio de Educación. Rubén era sólo profesor y Luis Enrique, periodista... apenas. Era un auto muy chico, de dos asientos; tenía en la parte trasera una especie de maleta que, al abrirse hacia atrás, hacía aparecer dos asientos más. Una madrugada, seguramente después de alguna fiesta, se nos ocurrió ir en el *Roadster* fuera de la ciudad, para ver amanecer. Íbamos los siguientes pasajeros: Luis Enrique Délano, Alberto Rojas Jiménez, Azócar, mi hermana Regina y yo. Y Tomás, que manejaba. No puedo imaginarme como podíamos ir seis en aquel auto



donde difícilmente cabían cuatro... pero no recuerdo haber sentido ni la menor incomodidad. Cuando llegamos al lugar escogido, no sé si sería hacia el Cajón del Maipo o hacia el Arrayán o hacia el sur, bajamos todos a mirar la salida del sol. Y Rubén, siempre lleno de chispa, comenzó a cantar algo que comenzaba: 'Esta era una viejecita de cien años y más' mientras hacía una extraña danza que era entre cueca, trote nortino y vals chilote".

La guerra civil española conmovió a Chile, sobre todo al mundo intelectual. Su desenlace trajo la inmigración republicana, que tan duraderos y espléndidos efectos produciría en el desarrollo de la cultura nacional. Como otras personas que vivieron aquellos tiempos, Lola usa un tono especial para decir: "cuando llegaron los españoles..."

Varios de ellos llegaron, literalmente, a la casa de Rubén Azócar. Primero, durante unos meses, vivieron allí el dramaturgo don Jacinto Grau y su esposa. Después, por tiempo más prolongado, los cuatro hermanos Mediano.

—Amparito Mom, catalana, esposa del poeta argentino Raúl González Tuñón, nos enseñó las canciones de la Revolución Española en casa de Lala Andrade—. En una conferencia que dieron Pablo y González Tuñón, Amparito y yo cantamos aquellas canciones desde detrás de una cortina...

Pero no todo era fiesta, jarana, banquetes o actos políticos. Rubén encontraba en sus clases la realización de su vocación más profunda.

"Mi papá era un ser excepcional", dice su hija Juanita. "A menudo era como un cabro chico. Le encantaba encumbrar volantines. Pero su pasión, tal vez más que escribir, era hacer clases. Como profesor era exigente y adorado por sus alumnos. Muchas veces los invitaba a su casa los domingos para hacerles —gratuitamente— clases complementarias, preparándolos para exámenes o para el temido bachillerato. Se juntaban treinta o cuarenta algunas veces".

También sabía ser severo. Luis Sánchez Latorre (Filebo), que fue su alumno en el Liceo Amunátegui, evoca en un artículo de *Las Últimas Noticias*, ciertos días en que, no obstante andar, como casi siempre, de buen humor, se veía obligado a poner una mala nota. "Cambiaba, parsimoniosamente, la pluma con tinta verde por una pluma con tinta roja. Luego, mientras practicaba la anotación, repetía los versos de una cancioncilla de moda: 'Que voy a hacerle si soy picaflor'"

Aun después de las más regadas y fenomenales trasnochadas, a las tres, a las cuatro o a las cinco de la madrugada, recuerda Lala Andrade, Rubén se sentaba frente a su escritorio y estudiaba concentradamente a lo menos una hora, preparando su clase del día siguiente.

El matrimonio de Rubén y Lavinia duró quince años. Terminó bruscamente en 1943. Se separaron. Tuvieron cuatro hijos: Pedro Rubén, el mayor, profesor como su padre, vive actualmente en Suecia; Ximena; Rodrigo (a quien Pablo Neruda bautizó "Mapocho"), quien trabaja como práctico de navegación en los canales del sur; Carmencita, la menor, tiene en Concepción una galería de pintura de nombre nerudiano: "El caballo verde".

Rubén Azócar no sólo se enamoró de Lavinia. También se enamoró de Chiloé y muy especialmente de Chonchi. A lo largo de un decenio trabajó con

minuciosa tenacidad su novela *Gente en la isla*, con la que ganó el concurso abierto por la editorial Zig-Zag en 1937. El jurado estaba compuesto por Marta Brunet, Alberto Romero y Januario Espinoza.

La crítica, que en aquellos años era practicada regularmente por plumas prestigiosas en diversos diarios, comentó la novela desde variados ángulos. Predominaron los juicios positivos, pero no sin reparos. *Alone* la trató con desdén, no tanto por razones estrictamente literarias sino porque le pareció vulgar un libro sobre “gentes de allá, de Chiloé, campesinos, pescadores, aventureros, comerciantes, ninguno con tipo de héroe”. No obstante, le reconoció ciertos méritos; sobre todo, el de la autenticidad.

Domingo Melfi destacó la penetración psicológica del escritor y el “estrechamiento de áspera entonación poética”, que comunica a la novela la constante y misteriosa presencia del mar. Pero lamenta el ambiente de derrota que, como una fatalidad, pesa sobre el suelo chileno y americano en gran parte de las novelas que se escriben en el continente.

En *La Nación* del 12 de marzo de 1939, Benjamín Subercaseaux escribió: “...pocas novelas como ésta me provocaron una animosidad tan injustificada como espontánea. No personal. Conozco a Rubén Azócar como podría conocer a un vecino en el tranvía: dos palabras sin ilación y luego un nombre dado al azar. Un nombre con un título y una agravante: ‘Rubén Azócar, novelista laureado con el premio de la Sociedad de Escritores’.

He dicho: una agravante. Los premios literarios me han inspirado siempre desconfianza. Dije en otra ocasión que los jurados parecen estar empecinados en recompensar el mal gusto y la inepticia literaria. Naturalmente que yo no he tenido nunca un premio literario. En posesión de él, hablaría probablemente, en forma muy diversa. Por lo demás, en el concurso de Azócar figuraba yo con mi *Rahab*. Pero tanto el Autor como la obra quedaron sumidos en el olvido más absoluto sin pretender siquiera una modesta mención.

Había, pues, motivos más que suficientes para aborrecer *Gente en la isla*, novela de costumbres, criolla, por añadidura, con un vocabulario isleño, con unos insoportables diálogos en plural que nos hacían ver en plural hasta las mismas frases en singular y, por último, novela chilota, de gente sin atractivos ni importancia: una especie de Mariano Latorre acuático (...).

Pero me adentré en la lectura y el corazón me latió con violencia como me ocurre siempre que la belleza se me presenta con intensidad. *Gente en la isla* se me revela como algo grande, riquísimo, algo inusitado entre nosotros: la obra de un hombre pero integral, como rara vez suelen serlo los que escriben (...).

No obstante, *Gente en la isla* comienza con lentitud; aburre sobremanera hasta la página ochenta. La belleza del paisaje está sentida como por un isleño, sin mayor extrañeza. Esto nos fastidia. En seguida los diálogos indígenas recargan el relato y le comunican una exasperante morosidad. Pero luego el tema se perfila, los tipos se destacan, comenzamos a vivir dramatismo y nos olvidamos del libro, del autor, hasta de Chiloé: vivimos un trozo de vida como sólo recuerdo haberlo vivido en Dostoievski. No acostumbro exagerar. *Gente*

*en la isla* es la obra de un Dostoievski chileno, de un espíritu singularmente genial (...).

Podemos decir que la verdadera literatura chilena, aquella que viene de la sangre y no del Registro Civil, ha nacido hoy. *Gente en la isla* es la primera contribución dada por Chile a la literatura de este continente”.

La novela tuvo éxito. Aparecieron ediciones en Argentina, México, Cuba y otros países. También las hubo reiteradas en Chile. Cuando la editorial Zig-Zag anunció el lanzamiento de la segunda, un comentarista del muy conservador *Diario Ilustrado*, don Ignacio García Henríquez, se manifestó extrañado: “pues creíamos que no se hubiera vendido la primera edición, debido a tratarse de una obra destinada a desprestigiar una provincia y a la religión católica”. Sostuvo que las historias inventadas por el autor “son incompatibles con las costumbres tradicionales de los isleños, exentos de tanta miseria como la acumulada en dicha obra”. Agregó que “las mujeres de esta novela son amorales o inmorales en su mayoría; abandonan sus hogares y prefieren vivir amancebadas. Sus hombres no le van en zaga” (...). “Ese cura rechoncho, grosero, sandunguero y casi criminal, no ha existido nunca en Chonchi ni en ninguna parte de Chiloé. En los últimos cincuenta años sólo dos curas ha tenido Chonchi y han sido ejemplos de virtudes. Además, su estatura es tan alta que ambos sobrepasan al señor Azócar por toda la cabeza”.

En 1939 le dieron por *Gente en la isla* el Premio Municipal. Los otros laureados en la ocasión fueron: un joven poeta, que comenzaba a ser muy celebrado por los entendidos, Nicanor Parra, por su *Cancionero sin nombre*, y un joven dramaturgo, Santiago del Campo, por su obra *California*. En el acto de entrega de los premios, en la Municipalidad de Santiago, hablaron el regidor René Frías Ojeda y Rubén Azócar. “La señorita Inés Moreno recitó en seguida algunos poemas del poeta premiado Nicanor Parra”, informó *La Nación* el 22 de mayo de 1939.

Anulado su primer matrimonio, Rubén se casó pocos años después con Leontina Mason, perteneciente a aquella familia Mason de “La Frontera”, vinculada a través de un lejano parentesco con Neruda. Siguió viviendo un tiempo con ella en la casa de calle Las Viñas. Más tarde, el matrimonio se trasladó a una casa en la calle Rubén Darío, en La Reina, a unas tres cuadras de ‘Michoacán’, la casa de Neruda y la Hormiga en la avenida Lynch. Luego, Rubén arrendó, en Pedro de Valdivia y avenida Grecia, un enorme caserón de fundo que pertenecía al Arzobispado de Santiago.

Aída Figueroa, amiga de Pablo y de sus amigos, habla de su asombro cuando visitó aquella casa por primera vez:

“La decoración de interiores consistía en grandes ristras de ajos, de mariscos secos, en enormes botellones con cebollas moradas, sumergidas en vinagre de vino. Era como una gran cocina chilota que salía al exterior e invadía la casa entera con su aroma y su presencia”.

Poli Délano cuenta que en esta casa, Azócar mantenía dos pipas de vino monumentales. “Alguna vez, ante visitas inesperadas u otras emergencias, llegábamos a comprarle unos cuantos litros”.

Con los años, Rubén, que siempre fue buen diente y buen gazzate, adquirió una gran sabiduría culinaria. Entre sus mayores especialidades figuraban el caldillo de mariscos y la cazuela de cabeza de vaca. Hacía un sabrosísimo pan amasado en el gran horno de barro del patio y, cuando había visitas —es decir, casi siempre— era él quien preparaba los platos preferidos, acompañados de libaciones, recitaciones y cantos.

Su amigo Diego Muñoz escribió:

“Rubén sabía cocinar muchos platos típicos y para ello se echaba encima una vestimenta *ad hoc*, porque hasta un inmenso gorro de cocinero se ponía. Allí estaban siempre las empanadas de horno, el arrollado, la cazuela de pava, el pebre, el caldillo de congrio, el valdiviano picante, las longanizas. Buscábamos el buen vino. Y en lo mejor de la fiesta, Rubén cantaba sin entonación alguna, pero con mucha gracia, o recitaba versos cómicos o versos que de puro serios resultaban cómicos en su recitación intencionada”.

¿Cuáles eran esos versos y esas canciones?

Poli Délano relata:

“Neruda coleccionaba poemas cursis, o raros, de esos que producen risa contra la intención del autor. Y Rubén era uno de sus principales proveedores. Uno muy característico, que le oí recitar a Rubén es el siguiente:

*La amaba con ansia loca  
primero la besó en la frente  
después la besó en la boca  
y así sucesivamente”.*

Aída Figueroa recuerda una de las canciones del repertorio de Rubén:

*Niña bellísima! de faz angelical! que en tibias sábanas/  
durmiendo estás./ Despierta y óyeme! mis tristes cánticos/  
suspiros prófugos! volando van./  
Pero la sílfide! que oyó los cánticos! entre las sábanas/  
se arrebujo! y dijo ¡cáspita! cantos románticos!  
a este murciélagos! no le abro yo.*

El género, con sus esdrújulos, recuerda el inmortal poema de Osnoña (véase *Neruda y el huevo de Damocles*), y podríamos aventurar que fue él, Rubén, quien se lo pasó a Pablo. Es natural que atrajera a un amante del castellano, estudioso de la retórica e investigador de la gramática. Por otra parte, en Chiloé se conservan, mucho más que en otras regiones del territorio, vales románticos de deliciosa cursilería o en extremo trágicos, muchos de los cuales Azócar incorporó a su frondoso repertorio.

Leontina Mason tuvo con Rubén un hijo, Víctor, y una hija, Juanita. El caserón de Pedro de Valdivia, como antes el de Las Viñas, tuvo siempre las puertas abiertas.

“Los amigos comenzaban a llegar a eso de las siete de la tarde. Entre los habitués recuerdo a Pancho Coloane, Ernesto Eslava, ‘El Loco’ Letelier, Isaías

Cabezón. También comenzaron a aparecer caras más jóvenes: Armando Casigoli, Jorge Teiller y otros que fueron sus alumnos”, dice Poli Délano.

Pero había además otros visitantes. Juanita Azócar me contó:

“Esa casa, que antes fue de fundo, perteneció a una familia muy rica, los Valdivieso. Corría el rumor que habían dejado un entierro. De vez en cuando, aparecía alguna persona, o a veces un grupo, que hablaban con mi papá y le pedían permiso para excavar en tal o cual parte del sitio, porque tenían un dato. Él los autorizaba”.

El escritor Carlos León lo evocó así:

“Una o dos veces al año se dejaba caer al Puerto Rubén Azócar.

Muy de mañana, casi entre sueños, sentía desde mi cama su voz gruesa y cordial conversando con mi mujer, a la sazón en el jardín de plantas y de flores, y también su risa seca burlándose del desconcierto de mis perros a los que llamaba con un silbato silencioso.

Poco a poco, sin interrumpir la conversación, iba acercándose a mi cuarto.

—Hasta cuando vas a dormir, perezoso.

Allí, frente a mi cama, su figura pequeña de hombre de los confines, amasada con materiales estrictamente nacionales; su palabra sofrenada y dócil; y su alegría en que intervenían cosas verdaderas y cercanas: el honrado vino de nuestra tierra, un árbol que despierta en nuestra memoria todos los árboles felices y pretéritos, la buena amistad conversada hasta que las velas no ardan, y la esperanza en un destino mejor para la patria, tornaban mi cuarto y mi casa en ramada dieciochera.

Yo le ofrecía una copa y él me hablaba de amigos, de antiguas fiestas en el sur o en un Santiago casi adolescente y, apenas, de mujeres, como corresponde a un auténtico ‘varón varonil’, a menos que fuera del Trauco con su trajecito de quilinejas, candoroso Don Juan de la tierra, padre piadoso de todos los hijos sin padre de las islas.

Entonces bajábamos al Puerto, al Mercado y arramblábamos con verduras y frutas de la estación, carnes y mariscos y vino de todos los colores.

A la vuelta pasaba a la cocina. Allí oficiaba de maestro. Mientras condimentaba las vituallas, entre copa y copa, disertaba con la elocuencia de un Demóstenes en el castellano más perfecto que he oído jamás acerca de las virtudes culinarias del ajo o del orégano y de como el vinagre ‘sabe mejor’ en ciertos casos especiales.

Luego, almorzábamos casi con solemnidad bebiendo y comiendo con mesura como corresponde a dos caballeros chilenos ‘que hace tiempo que no se ven’ y hablando con tacto y discreción de éstas y aquellas cosas de la vida”.

Como les ocurre a algunos escritores chilenos, tal vez su más bello libro fue el hablado, el que nunca escribieron.

“En el plano de las aventuras —dice Diego Muñoz— era inagotable. Le habían ocurrido o las inventaba, las aventuras más absurdas, misteriosas o desconcertantes. Y su forma narrativa conquistaba de inmediato. Aparecía el miedo con toda suerte de descripciones, señalaba las circunstancias extrañas, entraban al relato algunos personajes y finalmente, el desenlace que menos

podía esperarse. Y entonces, o nos moríamos de risa o quedábamos todos perplejos”.

Poli Délano agrega: “En muchas de las historias que relataba aparecía él mismo como protagonista. No dejaba de estremecer a algunos su descripción, en primera persona, de dos o tres asesinatos que había cometido. Sobre algunos rasgos de su biografía siempre nos quedó la duda. ¿Trabajó efectivamente como *tony* en un circo?”.

Su hija Juanita no tiene ninguna duda: cree que fue *tony* de circo y también que trabajó acarreando piedras en las obras de construcción del camino del cerro San Cristóbal. Otros se manifiestan escépticos.

“Si Rubén hubiera tenido tiempo para escribir todo aquello, habría resultado un volumen apasionante y singularísimo en la literatura chilena”, escribió Diego Muñoz. “Pero los escritores entre nosotros, tienen escasamente el tiempo para ganarse la vida y morir de repente de cualquier manera”.

Inés Valenzuela habla de Rubén con cariño y admiración, de sus cualidades personales, de su talento literario, del espíritu científico con que acometió el estudio de la gramática. Junto con Diego, publicó un texto notable destinado a los estudiantes. Pero después siguió trabajando, durante decenios, en una monumental gramática que, en lo esencial estaba terminada a su muerte, y que permanece inédita. Inés Valenzuela, que es poeta y como tal posee el esquivo don de la síntesis, resume su opinión de Rubén Azócar en este memorable epigrama:

“A Rubén le faltó media vuelta de tornillo para ser un genio”.

Fue un militante comunista devoto y esforzado, que tenía en alto grado la capacidad de comunicarse y convivir con sus semejantes, más allá de las diferencias políticas. Sus dotes de responsabilidad, tenacidad y honestidad lo señalaban como espejo de dirigentes gremiales. Lo fue de los escritores en varias ocasiones. En 1961 lo eligieron presidente de la SECH. Le tocó realizar el viejo sueño de la Casa del Escritor. Su amigo Pablo había iniciado las gestiones ante el Presidente de entonces, Jorge Alessandri. Neruda y Azócar nunca olvidaron las pellejerías de los años juveniles ni dejaron nunca de sentirse provincianos, aunque vivieran en Santiago. Por eso, sentían más profundamente que otros la necesidad de un alero cálido donde pudieran reunirse los colegas escritores a discutir sus asuntos y a tomarse un vaso de vino. Una casa calefaccionada que sirviera de cobijo en el duro invierno santiaguino y donde también pudiesen alojar los que llegaban de provincias.

Sus insistentes peticiones fructificaron finalmente. El gobierno entregó a la SECH fondos para la adquisición de una sede social. Rubén, como presidente, acometió con su responsabilidad y empecinamiento habituales la tarea difícil de buscar por todos los barrios la casa soñada. Difícil, porque en esta materia, el gobierno, como habría dicho González Vera, se había precavido de una generosidad excesiva.

La encontró, finalmente, en Almirante Simpson 7, donde se halla actualmente, a corta distancia de la Plaza Italia. Después vino la tarea ciclópea de “alajarla”. Tuvo, por cierto, en este empeño, la colaboración de un grupo

selecto. Casi no me atrevo a dar nombres, para no cometer exclusiones injustas. Luis Merino Reyes, en un artículo dedicado a Azócar que publicó en *El Siglo*, menciona el trabajo que junto a Rubén desplegaron Teresa Hamel, Carmen Ábalos, Gonzalo Drago. “Eran tiempos en que se luchaba por una mesa o una silla”, escribe Merino Reyes.

“En la SECH no perdía su actitud de profesor. Cuando presidía las reuniones de directorio o las asambleas, trataba a sus colegas como si fueran sus alumnos. A veces interrumpía a alguno sin miramientos para decirle: ‘Ud. está equivocado. En castellano no se dice así’. Pisaba algunos callos, pero la verdad es que lo respetaban. Y lo querían. Además, todos veían la motivación desinteresada y transparente de la vehemencia con que a veces actuaba”. Esto lo dice Poli Délano que, de discípulo de Azócar, ascendió a colega.

Cuenta Poli que en 1962 se encontraba en el hospital, recuperándose de una hepatitis, cuando escuchó en una radio una entrevista a Rubén, recién reelegido presidente de la SECH. El programa tenía el auspicio de ‘Nescafé’ y el locutor, en cumplimiento de su misión comercial, le preguntó si le gustaba dicho producto.

“¡Cómo se le ocurre!, respondió Rubén. Yo nunca tomo esas porquerías. Yo tomo el café natural que yo mismo preparo en casa. Y agregó una detallada explicación sobre la mejor forma de hacer un buen café. La entrevista continuó por otros rumbos. Pero, al final, el entrevistador anunció que la firma auspiciadora obsequiaba al escritor Rubén Azócar un tarro grande del exquisito y delicioso... etc. Y yo, desde mi cama de hospital, alcancé a escuchar que Rubén decía estupefacto, antes que el sonido se desvaneciera totalmente: Pero este tipo no ha entendido nada...”.

Por aquel tiempo, alguien tuvo la inspiración genial de bautizarlo ‘El Cara de Hombre’, más que un apodo, una definición de ese rostro marcado profundamente por la vida, cargado de áspera humanidad y de ternura, en cuyos ojos vio Neruda “una tristeza antigua”.

Cuando se inauguró la Casa del Escritor, Rubén Azócar organizó una celebración masiva, a la que fueron invitados todos los miembros de la SECH. Como eran muchos, se decidió hacer el festejo en la tradicional “picada” de la calle Nataniel llamada ‘Las Tejas’, donde la clientela proletaria bebía de pie en un gran espacio central, entre pipas y toneles.

Eran magros los fondos disponibles. Rubén pidió donativos a los colegas pudientes, que son escasos. Tal vez para subrayar el carácter colectivo del esfuerzo, bautizó el acto como “El Mingaco”. Llegó a disponer, para la abundante concurrencia, de una cantidad impresionante de vino –tinto, blanco y pipeño– también chicha en las diferentes denominaciones que eran la especialidad de “Las Tejas”: desde la empalagosa *Lagrima Christi* hasta la seca ‘Don Alberto’. Pero quedó “fallo al sólido”. Sólo consiguió una cantidad precaria de charqui con pebre o algo semejante. El invitado de honor era el Presidente de la República, don Jorge Alessandri Rodríguez quien, como se sabe, no frecuentaba establecimientos como el descrito. Hizo llegar una esquila agradeciendo el convite y se perdió la ocasión de codearse con lo más granado de

las letras nacionales. Es posible que alguien le haya aconsejado no concurrir, pese a que, previsoramente, Rubén había dispuesto unas botellas de Panimávida para el mandatario. Se podrán imaginar las consecuencias de la correlación entre líquido y sólido que era, digamos, de nueve a uno.

Se tomó muy en serio sus obligaciones societarias. Y algunas vez, entró por ello en conflicto con el amigo de toda la vida, cuya amistad podía ser tiránica. Su negativa a concurrir a un ágape organizado por Pablo y Matilde en Isla Negra, originó "Tres sonetos punitivos para Rubén Azócar" escritos colectivamente por Pablo Neruda, Diego Muñoz, Carlos Rozas y Homero Arce. Hay una nota introductoria en la que se dice: "Estos sonetos fueron dictados en la mesa de Espiritina de tres patas desde el más allá, por Pedro Antonio González, Carlos Préndez Saldías y Domingo López. Copia fiel de lo dictado por los poetas". Cada soneto está precedido de una breve presentación. He aquí sus textos, que rescató y publicó Raúl Mellado en el número trece de su revista poética *La hoja verde*:

Primer soneto punitivo que relata cómo habiendo esperado a un tal Rubén, antiguamente llamado El Chato, y ahora Presidente de los escritores, éste no acudió al sitio donde lo esperaban sus amigos, en Isla Negra, el día 10 de noviembre de 1961.

*Érase un falluto y querido Chato,  
chambeco cocoroco y cucufato,  
en buenas cuentas un sabroso plato,  
un plato entre poroto y chocolate.*

*Debió llegar sonoro el garabato  
dirigido, ¡oh Rubén! a tu gazzate,  
curcunchos de esperarte tanto rato  
como soldados antes del combate.*

*¿Qué hace en Santiago nuestro Presidente?  
¿Sigue perdiendo el tiempo con la gente  
o viaje en taxi en busca de un refajo?*

*La verdad es que el Chato nunca vino  
cometiendo un perfecto desatino.  
Por eso lo mandamos al carajo.*

Segundo soneto punitivo que enumera los manjares que dicho Chato se perdió con su ausencia.

*Perdió perdices que le gustan tanto,  
perdió el champán que nunca conociera,  
perdió whiskis de marcas extranjeras  
que ansía por receta y por encanto.*



*Perdió un sabroso plato de ternera,  
mariscos que son lujo del curanto  
y para resumir este quebranto  
se perdió una cocina de primera.*

*Por andar entre tantas poetisas  
perdió los pejerreyes y las lisas  
y el borgoña escondido en un rincón.*

*Por Matilde y sus manos hechiceras  
que guardaban para él la primavera.  
Todo esto lo perdió por ser jetón.*

Y en este su tercer soneto punitivo, sus amigos por el hecho de haberlos dejado esperando, como se ha relatado, condenan al susodicho Azócar a diversas penalidades en este mundo y en el otro.

*Que continúe siendo Presidente  
de tantos escritores y alcatraces,  
de tantos portaliras contumaces,  
de tantas plumas y tan poca gente.*

*Que frente al batallón de las mujeres  
prosigas tu papel de Nueva Ola  
apacentando Cármenes y Esteres  
con tu siempre dispuesta guaripola.*

*Nunca más tendrás whiskis ni cebollas,  
ni comerás opíparas centollas,  
serás a un cielo austero condenado.*

*Como un vulgar y celestial Paleta:  
beberás sólo Andina en tu planeta  
por los eternos Mason bien rodeado.*

Rubén Azócar enviudó hacia 1960. Se casó por tercera vez, en 1963, con Práxedes Urrutia, una niña muy fina y grácil, delicada como una acuarela japonesa, que frecuentaba las reuniones de la Sociedad de Escritores y que tenía unos cuarenta años menos que él.

En 1955, todavía adolescente, ella había publicado un libro de poemas inspirado en el caso de los pescadores japoneses del barco *El Dragón Afortunado*, gravemente contaminados por las radiaciones de la bomba de hidrógeno que los norteamericanos hicieron explotar en el Pacífico. El libro, titulado *Canción de amor para tu sueño de paz*, apareció con prólogo de Neruda e ilustraciones

de Nemesio Antúnez. Tuvo ediciones en japonés, ruso y otros idiomas. En 1962, publicó otro libro de poemas, *España amor y llanto*.

En éste, su tercer matrimonio, Rubén tuvo con Práxedes Urrutia un hijo, Vicente, hoy arquitecto. Completó así un total de siete, tres hijas y cuatro hijos. De un amor fugaz de sus veinte años quedó otra hija, Hesperia, quien vive en Punta Arenas.

Solía hablar de una novela, *Un hombre encuentra su destino*, en la que comenzó a trabajar allá por los años cuarenta. Así lo declaró entonces en una entrevista. Práxedes Urrutia dice que no llegó a terminarla. Sólo quedaron anotaciones y fragmentos. Tampoco dejó completa la voluminosa Gramática Castellana en la que trabajó tantos años.

*Gente en la isla* se convirtió en un clásico y sigue reeditándose periódicamente. Mantiene su garra y su atractivo, pero no sé si tiene hoy lectores, más allá de los obligados. Y no hay nada que se olvide más pronto que los textos de "lectura obligatoria". Los tres libros de poemas que publicó en su juventud hoy son inencontrables. Ni siquiera están en la Biblioteca Nacional.

Persiste el recuerdo de Azócar, 'El Cara de Hombre', a través de sus lectores, del testimonio de sus coetáneos, de sus innumerables ex alumnos y de Neruda, que le dedicó dos poemas y lo menciona a lo menos en uno más.

Rubén Azócar murió en 1965. Se velaron sus restos en la casa de Simpson 7. Pablo escribió para él un extenso y melancólico poema, "Corona de archipiélago para Rubén Azócar", un lamento por el amigo y por la juventud perdidos. Lo leyó una noche, en Chiloé, en casa de una amiga, Luisa Chijani, quien conservó la grabación de su voz, hoy en poder de la Fundación Pablo Neruda, gracias a Lala Andrade.